

A los 150 años de su nacimiento

Ibsen: Todo o nada

Eduardo Haro Tecglen

EN el año 1848 se produjo en Europa un movimiento de retroceso de lo que se había llamado «la primavera de los pueblos»: una serie de revoluciones liberales que trataban de recuperar las ideas libertarias, igualitarias y fraternales de la revolución francesa y, sobre todo, un mejor reparto de la riqueza. La insurrección de París del 24 de febrero había conseguido una serie de medidas democráticas y liberales, de carácter humanitario: la abolición de la esclavitud en las colonias, la libertad de prensa, el sufragio universal. En marzo se produjo la revolución de Viena, que puso en fuga a Metternich, la insurrección italiana contra la ocupación austriaca, la revolución de Berlín que crearía un parlamento nacional para Alemania; en abril, el levantamiento de Hungría, la segunda revolución de Viena que también conseguiría un Parlamento nacional; en junio, la segunda insurrección de París, que sería ahogada en sangre por el general Cavaignac: con ella comenzaría el reflujó de la política conservadora. Los austriacos derrotaban a los italianos en Custozza, mientras las tropas imperiales disolvían el Parlamento de Viena y surgía el emperador Francisco José; en Prusia se disolvía la Asamblea Nacional, en Francia se elegía presidente de la República a Luis Napoleón, apoyado en el «partido del orden» (Monárquicos y católicos)... En toda Europa se rehacía el viejo orden; brota el capitalismo industrial y financiero y Guizot gritaba en París: «¡Enriqueceos!»... Era también el año en que aparecía el «Manifiesto comunista», de Marx y Engels, y el que les daría las experiencias para que luego apareciera «El capital» (1867).

EN 1848 en Noruega, un joven rebelde percibía la amargura de la «primavera» destrozada, de las libertades avasalladas. Era Henrik Ibsen. Tenía veinte años: había nacido en 1828, y se conmemora, en este año que termina, el 150 aniversario de su nacimiento. Era hijo de un comerciante con mala suerte; sus distintas vocaciones —quiso ser pintor, quiso ser médico— se vieron ahogadas por la difícil vida económica de la familia: a los quince años, ayudaba a sus padres a ganar la vida trabajando como mancebo de botica, en la

ciudad de Grimstad. Todavía estaba en la farmacia cuando escribió su primera obra. Se llamada «Catilina» y era un fruto directo de su inspiración política. Era una tragedia en verso, no muy bueno, según los críticos de su idioma, pero tenía una intención clara: Catilina, joven rebelde, revolucionario romántico, se enfrenta con Cicerón, el conservador, el poder. El Estado, el hombre que representaba el dinero. Catilina ha tenido dos mil años de historia negativa. Es lógico: la escribió, en primer lugar, su enemigo, el propio Cicerón, y la reflejaron

luego los que habían sido sus amigos, César y el millonario Craso, que tuvieron mucho interés en no ser sospechosos de «catilínismo». Todos los historiadores posteriores han aceptado esa versión. Ibsen la invertía: Ibsen era Catilina, estaba de parte de Catilina. La obra no se estrenó, pero interiormente sirvió a Ibsen para madurar dos formas de su personalidad: el revolucionario y el dramaturgo. La vocación estaba creada.

Era, sin duda, el camino más difícil. En medio de una burguesía espesa, que sostenía el teatro —alimentado también



¿Que ha legado Ibsen a la Humanidad? Un rechazo a las ideas solemnes y huecas de su tiempo, que es el nuestro. El de todos. (En la foto, Ingrid Bergman, interpretando «Hedda Gabler», de Ibsen).

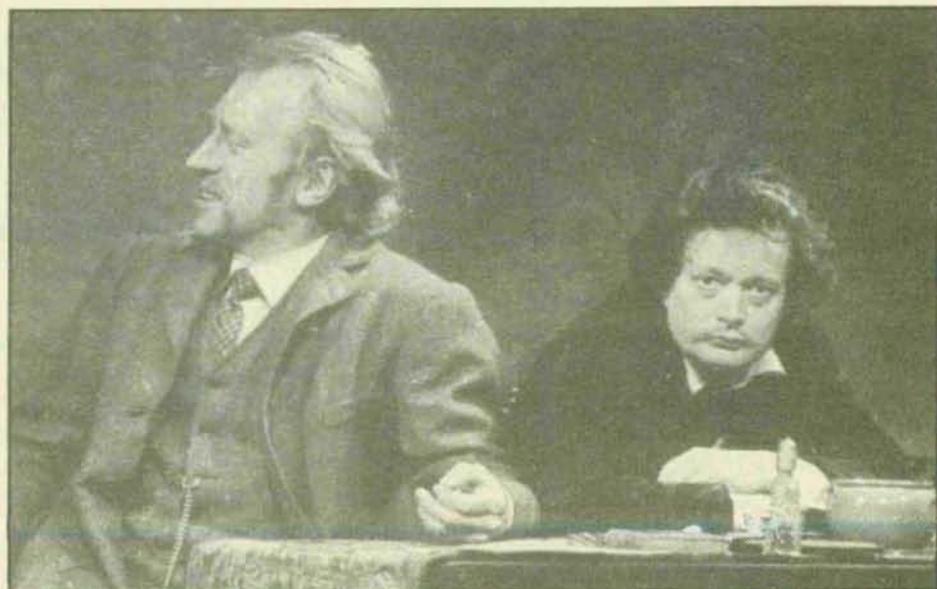
por el Estado, este enemigo de la burguesía y del Estado— «El Estado es la maldición del individuo; el Estado debe desaparecer», seguiría escribiendo muchos años más tarde—estaba, naturalmente, condenado al silencio y a la persecución. Aún vio representada su segunda obra, «El corro de las gallinas»: se dio tres veces en Cristianía, donde había ido a vivir su bohemia e intentar su oportunidad. Creó un teatro en Bergen, tuvo altibajos: cuando logró estrenar otra vez en la capital, en Cristianía, «La fiesta en Solhaus», se le echaron encima los críticos. La destrozaron. Lo recordaría años más tarde: «cada vez que un escritor novel publica un libro o lleva una obrita a escena, montan (los

críticos) en cólera irrefrenable y hacen grandes aspavientos, como si con la edición del libro o la representación de la obra se les hiciera un ultraje sangriento a ellos y a los periódicos en que escriben». En algunas obras posteriores de Ibsen aparecen personajes que son periodistas: el autor los trata despiadadamente. Era su venganza, como escribiría más tarde —en el centenario del nacimiento de Ibsen— el mejor crítico teatral que haya tenido España, Luis Araquistain.

Los posteriores fueron duros y amargos para este enemigo del Estado. Escribía incesantemente; a veces sus obras se representaban una, dos veces, generalmente se publicaban en libro. Y siempre producían la indignación de la crítica y el público. Ibsen se revolvía en dicitos contra su propio país que le rechazaba: «Noruega es una cáscara de nuez vacía, blanca por fuera y hueca por dentro»... Huyó de ella, pasó casi treinta años en Italia y en Alemania, después de haber pensado seriamente en el suicidio. El exilio voluntario es una forma de suicidio: se renuncia, se rechaza a todo lo

que ha sido la vida, con la esperanza de renacer en otra que puede ser distinta o mejor, y que se llama, genéricamente, extranjero. Finalmente, no es más que un espejismo. En este exilio surgieron sus mejores obras. Una de ellas, «Peer Gynt», el viajero que va detrás de su sombra, era también su propia vida, su propia cólera, su propia desesperación...

En estas obras, Ibsen ha abandonado ya una manera romántica de hacer teatro, ha dejado el verso. Se ha metido de lleno en el naturalismo y en los grandes temas de su tiempo. Así surgen «Casa de muñecas», donde ya aparece el problema de la mujer oprimida; «Espectros», o la cuestión del carácter hereditario en forma de destino; «Un enemigo del pueblo», contra el individualismo aristocrático; «El pato salvaje», o el artista como hombre extraño a la sociedad en que vive... En 1891, Ibsen vuelve a su patria. Ya es un hombre de 63 años, y ya está admitido como un gran genio de la literatura. Va a escribir «Solness, el constructor», que algunos críticos consideran como su verdadero retrato fi-



«Lo único que me gusta de la libertad es la lucha por ella: no me interesa su posesión. Queda en cada uno viva su vida íntegra: todo o nada». (Max von Sydow y Ernest-Hugo Taregard, intérpretes de «Vildanden», de Ibsen, dirigida por Ingmar Bergman).

losófico y psicológico. «El niño yolf», «Juan Gabriel Borkmann»...

Cuando Ibsen cumple 70 años, toda Noruega celebra la fiesta. Aquella Noruega que era para él una nuez vacía, resuena con su nombre y con sus obras. Un año después, el propio Ibsen asistía a la inauguración de la estatua que le dedicaba la ciudad de Cristianía, situada frente al teatro donde sus primeras obras había fracasado tan ruidosamente, donde había nacido la persecución que le llevaría a buscar la patria de nadie y la soledad en el extranjero. Aún estrenaría una obra más, «Cuando despertemos de entre los muertos», calificada por el mismo como «epílogo dramático». Y murió en mayo de 1906, a los setenta y ocho años, convertido en algo más que una gloria nacional, en una gloria mundial, representado en todos los escenarios del mundo.

¿Qué ha legado Ibsen a la Humanidad? Un rechazo a las ideas solemnes y huecas de su tiempo, que es el nuestro. El de todos. Por eso en cada ciudad donde se ha estrenado Ibsen, y en cualquier época, su obra ha producido al mismo tiempo un sentimiento de malestar —el malestar de la acusación cuando se sabe fundada— y una admiración sin límites. Ha enraizado con el anarquismo, con una parte de Nietzsche que hoy es reivindicada por los libertarios; ha rechazado las formas de poder en la sociedad, la opresión de la mujer; ha ensalzado al individuo, incluso considerando la individualidad como una tragedia: «Cuando Dios quiere castigar a alguien, le hace individuo».

El individuo es la clave de Ibsen. Cuando cumple su destino, su personalidad, no importa que sufra toda clase de calamidades y de persecucio-

nes, que su vida se convierta en un calvario. No importa siquiera que su «misión» —porque Ibsen cree que todo el mundo tiene una misión que realizar en la vida— sea menor, sea pequeña: no importa siquiera que no la pueda cumplir, si ha puesto en ella toda su vocación, toda su entereza. Es un hombre capaz de decir: «Lo único que me gusta de la libertad es la lucha por ella: no me interesa su posesión. Que cada uno viva su vida íntegra: todo o nada». «Todo» es, en el teatro —en el

pensamiento— de Ibsen el cumplimiento de la personalidad; nada es la serie de personajes desleales por razones impuras. Del «o todo o nada» decía Araquistain que es el lema de Brandt y de todos los personajes ibsenianos dominados por el sentimiento de **Machwille**, de Nietzsche: de la voluntad de poder o por la ambición de un trono, material o ideal. Pero esa fuerza la saca de la soledad: «El hombre más fuerte del mundo entero es aquel que sea más solitario». ■ E. H. T.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

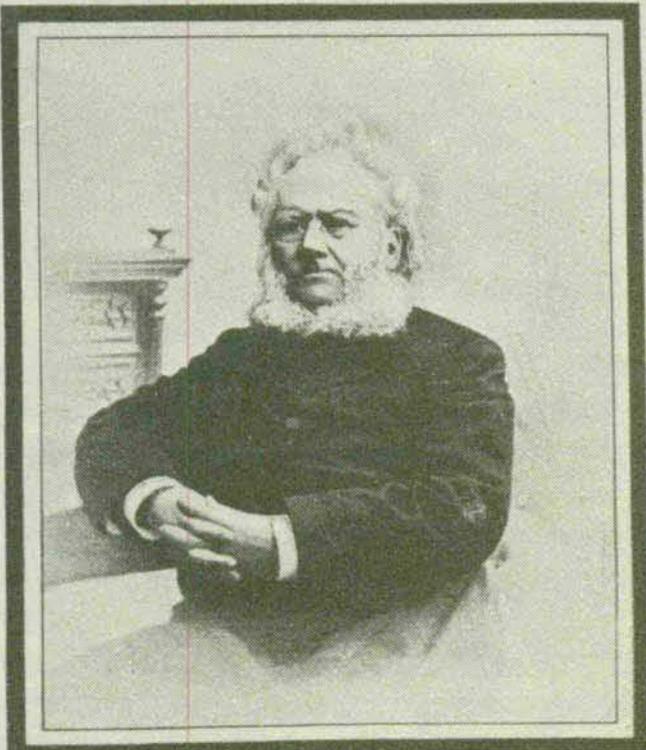
Madrid	Un año... 10 pes.	Extranjero... 12 pes.
Barcelona	Un año... 10 pes.	Extranjero... 12 pes.
Valencia	Un año... 10 pes.	Extranjero... 12 pes.
Bilbao	Un año... 10 pes.	Extranjero... 12 pes.
Sevilla	Un año... 10 pes.	Extranjero... 12 pes.
Granada	Un año... 10 pes.	Extranjero... 12 pes.
Madrid	Un año... 10 pes.	Extranjero... 12 pes.

Madrid	Un año... 10 pes.	Extranjero... 12 pes.
Barcelona	Un año... 10 pes.	Extranjero... 12 pes.
Valencia	Un año... 10 pes.	Extranjero... 12 pes.
Bilbao	Un año... 10 pes.	Extranjero... 12 pes.
Sevilla	Un año... 10 pes.	Extranjero... 12 pes.
Granada	Un año... 10 pes.	Extranjero... 12 pes.
Madrid	Un año... 10 pes.	Extranjero... 12 pes.

ABONO: Caballero de Gracia, 19 y 21.
PARIS: 4, rue de la Michodière.

REDACCION Y ADMINISTRACION:
20, Paseo de San Vicente, 20

Año L. Madrid 15 de Junio de 1906. Núm. XXII



ENRIQUE IBSEN

NACIÓ EN HAVN (DANMARK) EL 20 DE MARZO DE 1828. — FUE «ENTERRADO» EL 20 DE MAYO DE 1906.

Publicado por G. W. Lohmann y C.ª, S.ª

«El hombre más fuerte del mundo entero es aquel que sea más solitario».